

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

En Salamanca 4 rs. al mes llevado á casa de los Señores Suscritores, y fuera 5 franco de porte.

REDACCION DEL ALBUM.

Las reclamaciones se dirigirán á la Redaccion, calle de la Rua, núm. 15, francas de porte.

ALBUM SALMANTINO,



semanario de ciencias, literatura, bellas artes é intereses materiales.

SALMANTINOS CILÉBRES.**D. MANUEL ALVAREZ.**

Nació en Salamanca en 1727; y aficionado á la escultura empezó sus estudios con D. Simon Tomé Gavilán, siguiéndolos luego con D. Alejandro Carnicero, y pasando al fin á Madrid, ansioso de acrecentar sus conocimientos, en donde asistió á la escuela del escultor de cámara D. Felipe de Castro. Estimulóle á poco su maestro, que reconocia sus grandes dotes, á que ejecutase las estatuas de Witerico y Wailia, correspondientes á la série de los reyes de España que habian de coronar

el edificio del nuevo palacio, y las concluyó con aprobacion de los inteligentes.

Nombróle la Academia de San Fernando para que modelase á la vista de todo el concurso en la primera junta de apertura, celebrada en 13 de Junio de 1752. El siguiente año ganó el segundo premio de segunda clase. En 1754 fué pensionado para proseguir en Roma sus estudios; mas imposibilitado por sus dolencias de emprender este viaje, recibió en 1757 el título de académico de mérito de la misma Academia que reconocia su mérito y progresos, y en 1762 la plaza de teniente director. Alvarez fué uno de los cinco que emprendieron el modelo de cuatro pies de alto,

representando al rey Felipe V á caballo, á que invitó la Academia á sus directores y tenientes por mandato de Carlos III: con arreglo á uno de ellos se hubiera erigido una estatua de bronce, á no estorbar por entonces la empresa el sitio de Gibraltar; y aunque Carlos IV quiso llevarlo á cabo sustituyendo la efigie de su padre á la de Felipe, y prefiriendo el modelo de Alvarez, quedó tambien suspendida la obra por nuevas guerras.

En 1784 se le nombró director, y en 1787 director general de la Academia; y en 1794 escultor de cámara. Los profesores le llamaban *griego*, no tanto por su inteligencia y gusto, cuanto por su observancia de los preceptos del arte. Son notables entre sus obras: la estatua de San Norberto, que se situó en la portada de la iglesia de los Premostratenses de Madrid; las cinco de la fuente de Apolo en el paseo del Prado; la medalla de mármol que representaba á Nuestra Señora poniendo la casulla á San Ildefonso en la catedral de Toledo; tres medallas de mármol con el nacimiento; la presentacion y los desposorios de Nuestra Señora en la capilla de la Virgen de la catedral del Pilar de Zaragoza; y la estatua de San Ignacio de Loyola en el colegio de los jesuitas de Cuenca. Murió en Madrid el año de 1797.

CUADROS MORALES.

LA VACA DE UNA HORTELANA.

Entre la ciudad de Salamanca y la

aldea de Cabrerizos, se vé al borde del camino un pequeño huerto rodeado de unas tapias de tierra, y en uno de cuyos ángulos se eleva una pequeña casa cubierta de bálago. Esta propiedad, aislada en medio de los campos, estaba ocupada no hace mucho tiempo por el hortelano F...., su muger y su hijo; habia ademas en un establo adyacente á la habitacion, una gruesa y hermosa vaca, que era hacia mucho tiempo, la lechera de la pequeña colonia, y que por su condicion apacible se habia hecho la favorita de esta familia; se la designaba con el nombre de *Lista*. F.. vivia pues perfectamente feliz con su esposa, cabando y recabando su puñado de tierra, y la abundancia reinaba en su casa; desgraciadamente, hácia la mitad de Marzo de 18.... recibió en el pecho un golpe con la pértiga de un carro y murió algunos dias despues. La viuda del hortelano, despues de esta catástrofe, continuó cultivando su huerto; pero aunque trabajaba por mañana y tarde, aunque se hacia ayudar por su hijo, muy jóven aun, que desempeñaba su tarea con el mayor gusto, el huerto no producía tanto como otras veces, y las privaciones sucedieron á la abundancia. Para principios de Febrero, la viuda de F... tenia que pagar una deuda de algunos cientos de reales, y no tenia un cuarto con que satisfacerla; se vió pues obligada á echar mano de ciertos recursos, y, por mucho que le costase, tuvo que resignarse á vender la hermosa vaca que tanto queria. En uno de los últimos dias de Enero, un carnicero de Salamanca que pasaba casualmente por allí, se la compró en la cantidad de 550 reales, y la pobre Lista tuvo que

abandonar el establo que habia habitado despues de tanto tiempo para ir al matadero. Mientras tanto, la viuda estaba tan afligida al separarse de esta antigua amiga de su familia, que no quiso verla partir; pero como sabia que no se dejaría conducir fácilmente por un extraño, y como quisiese librarla de los malos tratamientos, que su indocilidad podia proporcionarle, mandó á su hijo que la acompañase hasta las inmediaciones del *Rollo*. Lista fué pues atada detrás de un carro por su nuevo dueño, y echó á andar. Al cabo de un cuarto de hora, como la vaca se dejase conducir sin resistencia, el carnicero dijo al muchacho que se marchase, y éste despues de haber hecho algunas caricias á la desgraciada Lista se alejó arrasados los ojos en lágrimas; pero el animal viendo partir al niño, muge tristemente, se para al instante, se arroja en tierra, y se deja arrastrar. El comprador, impaciente al ver que necesita tantas ceremonias para conducir una res al matadero, baja de su carro y le administra una vigorosa correccion. El jóven no pudo ver sin emocion maltratar de aquel modo á la que habia sido tanto tiempo la amiga de la casa; pidió al carnicero que le dejase todavía seguir su carreta; y el animal se volvió á poner en marcha; pero el pobre muchacho lloraba á lágrima viva. Mientras tanto, llegaba á lo alto del Rollo una Señora jóven, á lo amazona, y seguida á alguna distancia por un criado á caballo, á la vista de la vaca que marchaba detrás del carro de un carnicero, acompañada del pequeño jóven, que se desesperaba, preguntó á éste la causa de sus lágrimas, el que, sin dejar de andar, le

contó la muerte de su padre, la triste posicion de su madre, y la precision en que se habia visto de deshacerse de Lista. La Señora, que aun vive y cuyo nombre no citamos por no ofender su delicadeza, se conmovió con las lágrimas de estas pobres gentes, y con la adhesion de la pobre vaca á sus antiguos dueños; rogó al carnicero que se detuviera, y le ofreció dos duros de beneficio si rescindia su contrato, pero nuestro hombre habia hecho un excelente negocio, y no quiso por de pronto escuchar nada; sin embargo cuando la Señora le ofreció setecientos reales, consintió en deshacerse del animal. La amazona, despues de haberse informado de la habitacion de la pobre viuda, se llevó al carnicero para pagarle la suma convenida, y una hora mas tarde, la pobre hortelana vió á su hijo que conducia á su querida Lista á su establo, y que lleno de gozo, le contaba su feliz encuentro.

Vé aquí una familia, que un pequeño desprendimiento, ha vuelto á la abundancia; hay mas de una Señora de gran tono, que en iguales circunstancias hubiera hecho otro tanto.

LA ISLA DE LAS MARMITONES.

CUENTO DE UN NIÑO

Por Mad. E. de Gerardin.

(Conclusion.)

CAPITULO 8.º

Manera de aprender á hacer los Macarrones.

Todo el siguiente dia fué empleado

en preparar la pasta de los macarrones, y después de muchos ensayos desgraciados, Césaró llegó por fin á triunfar completamente.

El tercer día llegó: era el día grande, el día decisivo. Césaró sentía á su corazón latir vivamente, invocaba el recuerdo de Teresina para animarse.

Soplaba el fuego con mano temblorosa; preparaba, con una emoción hasta entonces desconocida, este plato peligroso de donde dependía toda su existencia.

Cuántas veces, en su precipitación para probar este importante manjar, el infortunado se quemó la lengua! qué de macarrones fueron sacrificados en estas pruebas, en esta dolorosa lucha! los unos, partidos en trozos, veían sus miembros sin vida aquí y allí dispersos; otros flotaban sumergidos en una salsa desgraciadamente demasiado abundante! estos de aquí, faltos de calor, permanecían en la superficie estendidos, rectos é inmóviles; aquellos de allá, al contrario, espuestos por todas partes al fuego, se abrasaban sin gloria en el fondo de la abrasada cacerola, y todos, bien pronto, después de inútiles sufrimientos, iban temblando á abismarse en una misma carnicería, ó mas bien en una papilla universal!

Tres veces los nuevos combatientes fueron enviados al fuego, y tres veces fué imposible la victoria. Césaró veía con dolor apurarse sus batallones y su queso de Parmesan, que tanto trabajo había tenido en procurarse, la hora de comer abanzaba; la reina y toda su corte iba á juzgar su plato; era preciso triunfar, triunfar á toda costa.

Césaró se armó de valor, se encasquetó su gorro de algodón hasta las orejas, se recogió, evocó los recuerdos de su infancia, recordó los deliciosos macarrones que hacía hilar con tanta gracia... Tuvo una visión.. distinguió al rededor de una mesa maravillosa como una gran comida sin convidados; donde tenedores vivos, jugando con sus compañeros, se enlazaban de graciosos macarrones: se volvían y revolvían en todos los sentidos, y los lazos flexibles que los enlazaban se volvían y revolvían con ellos; se doblaban pero sin romperse jamás!... es que estaban bastante cocidos para doblarse sin resistencia; pero no bastante sin embargo para quebrarse al doblar.

Vé aquí lo que el jóven duque comprendió con un instinto maravilloso. Esta visión le alumbró; en un solo instante le mostró todas sus faltas pasadas, le reveló todos los cambios de sus resultados: volvió á la obra con exaltación, y bien pronto, el triunfo mas sorprendente vino á coronar sus esfuerzos.

Jamás se habían servido á la mesa de su padre macarrones mas apetitosos. Césaró estaba contento de sí, porque lo que él acababa de hacer estaba bien; pero Césaró no las tenía todas consigo. Las personas que iban á juzgar del mérito de su obra eran ignorantes; y los ignorantes son difíciles de contentar. Os mandan hacer cosas que no conocen, después, cuando se les trae lo que han pedido, os responden con sencillez? «Qué! es esto lo que yo quiero?» Felices sino os dicen: «os habeis engañado.»

Césaró vió con angustia partir su plato de macarrones. Y esperaba con la mayor inquietud que la reina le hiciera llamar; pero la comida se concluyó, se sirvieron los postres, el café, y la reina no le hizo llamar.

Quiso preguntar al dueño del hotel el efecto que habian producido sus pobres macarrones, pero su orgullo lo detuvo. Un horrible pensamiento vino á su espíritu: se figuró que el dueño del hotel no los habia servido en la mesa, celoso de él y por jugarle una mala pasada; entonces la desesperacion se apoderó de su corazon, y cayó en un abatimiento bien concebible.

Permaneció en este estado hasta las diez de la noche, sin querer tomar alimento ni descanso, procurando explicarse el silencio de la reina con respecto á esto, y no comprendiendo nada de sus caprichos.

Absorto en sus reflexiones, no sintió la puerta de la solitaria cocina abrirse suavemente; no sintió los pasos furtivos que se dirigian á su lado; pero temblaron sus miembros cuando sintió de repente sobre su espalda, una mano que le asia.

Levantó bruscamente la cabeza: cual fué su sorpresa, cuando en lugar de un ladron, de un gendarme, á quien temia, reconoció, adivinad quien... la reina!... la reina Marmita ella misma, en persona..., y en bata!...

--Gran reina! exclamó postrándose á sus pies, vos!... en estos sitios!... á esta hora!... y por mi!...

--No temas respondió la reina; estoy contenta de ti; tu eres el que yo

busco, el mensajero que yo necesito para la empresa mas importante que ha meditado jamás reina ninguna! No perdamos tiempo; toma estos papeles, contienen tus instrucciones; te conozco ya lo bastante para saber que eres capaz de ejecutarlas fielmente.

Césaró no volvía de su sorpresa. Una ardiente curiosidad le atormentaba al mismo tiempo. Se moría de deseos de preguntar á la reina que tal le habian parecido sus macarrones, porque no podia creer que la reina le diese una mision tan importante, únicamente por haberlos hallado buenos.

En fin, no pudiéndose mas contener:

--Reina, dijo con voz temblona, osaré... Como... los macarrones...

--Estaban escelentes, interrumpió la reina viendo su turbacion; y á ellos es á quien debeis el favor con que os honro, añadió sonriéndose. Yo no soy tan gastronoma como pretenden mis súbditos; ni tan loca que me desdigne el parecerlo. La agricultura padecia mucho en este pais cuando yo subí al trono. El trigo era malo, las plantas no tenían jugo, los frutos no tenían sabor, las viñas, casi estériles, no daban mas que un vino sin calor: me he hecho gastronoma, desde ese tiempo, el trigo de este pais es el mas blanco que se puede ver; los vinos son aqui casi mejores, que los buenos vinos de Francia; las cebollas son como manzanas, las manzanas son gruesas como calabazas, las calabazas, como las casas. Se cuenta con este motivo, la historia de dos ladrones que se refugiaron en una gran calabaza, que ha-

bian tajado como una cueva. Vivieron allí largo tiempo en seguridad; desgraciadamente el otoño llegó, y se quiso recoger la calabaza; fueron obligados entonces á huirse dejando todo su botín, que subía, se dice, á dos millones; lo que fué un buen hallazgo para el dueño.

Como Césaró se sonriese de esta fábula:

Esta loca historia, continuó la reina, oculta una moral razonable; porque, si es poco probable que los ladrones habiten una calabaza, es cierto que una tierra bien cultivada dá tesoros. Vé aquí porque soy tan gastronoma.

Esto os prueba, dijo la reina sonriéndose á su vez, que los defectos de los reyes tienen algunas veces sus ventajas, y que lo que es necesario desear en un monarca, no es la perfeccion, que es imposible, es un defecto que sea provechoso al país.

Césaró viendo que la reina se bromeaba; cobró valor y quiso también hacerse él amable:

--Reina, dijo, siento mucho que Vuestra Magestad no sea gastronoma.

--Por qué, replicó la Reina!

--Si yo hubiese sabido esto, no hubiese gastado tres dias y tres noches en hacer estos dichosos macarrones.

La reina se hechó á reir con mucha gracia.

--Hubierais echo una gran torpeza; respondiÓ; los he probado, y, os lo repito, estaban muy buenos. Ellos son los que me han enseñado lo que valeis, y los que me han dado confianza en vos.

Césaró abría un ojo tan grande, no comprendiendo nada de este discurso. Como los macarrones, pensaba, pueden inspirar tanta estimacion?

--Si, continuó la reina, estos macarrones han sido suficientes para revelarme vuestro caracter. Desde luego, me han provado que no teneis nada de tonteria, pues que vos; duque de San Severo, marqués de la Cava, hijo de un favorito del rey de Napoles, os habeis resignado á guisarlos; ademas, me han probado que sois audaz, emprendedor, pues que os habeis comprometido á servirlos en mi mesa, sin saber de esto mas que lo que era un macarron; en fin me han probado, que sois paciente, lleno de perseverancia y de inteligencia, pues que, sin haberlos jamas guisado, habeis llegado á preparar un plato tan fino tan delicado como lo hubiera hecho el mejor cocinero de Francia.

Césaró pareció encantado con esta explicacion.

--El tiempo avanza, dice la reina; dirigiros al puerto, un vajél os espera; apresuraos, el viento es favorable.

Césaró hubiera muy pronto querido saber, si la reina cumpliría su promesa, si esta suma considerable que el destinaba para dotar á Teresina le seria entregada; pero no osaba dirigir á la reina ninguna pregunta con este objeto. El jóven duque conocia cuanto inconveniente tendria el pedir su salario de cocinero, cuando se le trataba de embajador.

La reina Marmita, que tenia un talento muy fino, adivinó todo esto, y

era muy de su agrado esta discreccion.

--Niño, dijo, antes de dejarnos, no teneis alguna gracia, que pedirme?

--Tengo una muy grande, respondió César, pero no me atrevo á expresarla...

--Habla; dijo la reina.

Esta creyó que iba á reclamar su recompensa, y esta idea le desagradó; pero fué sorprendida muy agradablemente cuando César continuando:

--Señora, dijo, hay aqui dos compañeros míos de viaje que padecen ignorados en esta isla, Vuestra Magestad me permitirá que los vuelva á su patria?

--Ya están embarcados en vuestro navío, respondió la reina sonriéndose; no tengo nada que hacer de estos dos perezosos en mis estados. Adios, añadió, dándole la mano, os echaria de menos sino os creyese mas útil á mis intereses en vuestro pais que en el mio. Es cerca de vuestro rey como debéis servirme; id, cuento con vos.

A estas palabras, la reina habiendo permitido á César el besarla la mano, se alejó.

CAPITULO 9.º

La vuelta.

El jóven duque de S. Severo se dirigió al puerto, reflexionando en la singularidad de su aventura. Su vaxel se hizo á la vela aquella misma tarde, y pasó toda la noche en recorrer los papeles que la reina le habia confiado, y que eran de la mas alta importancia.

No fué hasta el dia siguiente, despues de amanecer, cuando descubrió

las innumerables riquezas con que la reina habia hecho cargar su navío; estas consistian en enormes arcas llenas de *buñuelos* de oro, despues las telas mas preciosas, los frutos mas raros, los vinos mas esquisitos; no habia economizado nada para hacer el camino agradable. César se aplaudió entonces por su delicadeza, pensando que habia podido ser apreciado por un alma tan generosa.

Mientras la travesía, escribió á su hermana Teresina para apresurarse á animarla sobre su suerte; porque no era á ella á quien debia ver la primera llegando á Nápoles. El deber es antes que las afecciones; hé aqui porque César, apenas desembarcó sobre la ribera querida de Nápoles, se dirigió desde luego al palacio del rey, y dió orden que se lleve su carta á casa de su hermana, donde tanto hubiera querido correr al momento.

Jamás se habia sabido cual era la mision importante de que César estaba encargado; pero es preciso creer que la desempeñó con la mas rara sagacidad, pues que, á contar desde este dia, el rey le tomó cariño, y le volvió todo el favor que habia gozado tan largo tiempo el duque de S. Severo, su padre.

César permaneció muchas horas en conferencia con el rey, en fin quedó libre, y el corazon le latía vivamente al pensar que iba á volver á ver á Teresina.

Segun bajaba la escalera del palacio encontró al príncipe de Villafior, este jóven tan seductor, y que sabia era tan amado de su hermana; en vez

de huirle por orgullo, lo que hacia ordinariamente, se fué á él con cordialidad, y le suplicó que le acompañase á casa de su hermana. De paso, le contó una parte de sus aventuras, que sorprendieron sobre manera al jóven príncipe.

Apenas Césaró habia franqueado la entrada de su habitacion, cuando Teresina vino á arrojarse en sus brazos. Oh! cuán gozosa estaba esta hermosa niña! que feliz era al volver á ver á su hermano! tan feliz, que no distinguió al lado de este al príncipe Villafior, á quien amaba:

Cuando éste se aproximó á ella, ésta se ruborizó.

--Ay! hermana mia, dijo Césaró sonriendo con malicia, no te regocijes demasiado pronto; siempre alguna cosa viene á enturbiar nuestra dicha; no se obtiene nada sin sacrificio: el rey me ha vuelto su favor, es verdad, pero es á condicion, que tú te casaras con el príncipe de Villafior que vé aquí. Habla francamente, quieres hacer por mi este sacrificio?

Teresina se apresuró á abrazar á su maligno hermano, para ocultar la turbacion que experimentaba, y le perdonó sin trabajo el burlarse asi de ella.

Césaró no se olvidó de sus compañeros de viaje, hizo á cada uno de ellos magníficos presentes. Muchas veces iba á pasearse en una hermosa barca que habia dado al pescador, y muchas veces tambien invitaba á las comidas que daba á toda la córte al jóven mofletudo, convertido en uno de los ricos propietarios del pais. El jóven duque tenia muchísimo gusto

en escuchar las increíbles mentiras que aquel contaba á cerca de su aventura de la isla de los marmitones; que pretendia haber visitado en todos sentidos; y tuvo la paciencia de escucharle largos años sin desmentirle jamas.

Césaró, dotado de las mas brillantes cualidades, llegó, aunque jóven, á los mas altos empleos; á los veintiocho años era ya primer ministro, y gobernaba todo el pais. Como habia dado en dote á su hermana, ahora princesa de Villafior, el antiguo palacio de su padre, quiso hacer construir otro para él; es el que aun se admira en Nápoles en la alegre calle de Toledo, palacio admirable, al que dió, en recuerdo de sus aventuras, el nombre de *Palazzo Marmitoni*.

La moral de este cuento, mis caros lectores, es que es necesario no apresurarse á reir de los usos estraños que notemos en los pueblos estraños; las costumbres de los pueblos están en armonía con sus necesidades y su clima, y cuando del mismo modo una ley nos parece absurda, no debemos creer que tantos millones de hombres han podido resignarse á seguirla durante ciertos años, es que ellos han hallado alguna ventaja.

Asi, cuando en vuestros viajes una singularidad os estrañe, un uso estraño os parezca ridículo, no os mofeis de él al momento, procurad antes describir á qué necesidad corresponden, y de qué inconvenientes preservan.

Aplicad en fin esta moral al autor, y no os burleis de sus marmitones antes de haber preguntado cuál es el origen de los Jenízaros.

INCENDIO

DE LA

PARROQUIA DE SAN MARTIN.

Un acontecimiento de aquellos, que dejan honda huella en la memoria de los pueblos acaba de afligir á Salamanca. La noche del uno al dos de Abril de 1854, se recordará dolorosamente por los habitantes de esta ciudad, que han visto desaparecer en pocas horas, y á impulsos de un voráz incendio, la nave principal de la parroquia de San Martin, uno de los edificios mas antiguos y apreciables de Salamanca.

Yacia la ciudad en profundo sueño y principiaba el Domingo de Pasion, en que la iglesia cubre de luto sus altares, y redobla su dolor austero, por aproximarse la semana consagrada por ella á celebrar los tristes, pero sublimes misterios de la redencion del género humano. Por esta vez el luto de los altares presagió tambien el de los corazones de Salamanca, á quienes tal calamidad iba á consternar. Seria entre una y dos de la madrugada cuando algunas voces pavorosas dieron el alarma gritando ¡fuego! Una luz rojiza, que salia á traves de las rasgadas vidrieras de la antigua parroquia de San Martin, iluminaba fúnebremente la atmósfera y los edificios adyacentes: oíase crugir los vidrios, quebrándose con la accion irresistible de un fuego intenso; el terror se pintaba en los rostros de las pocas personas, que pudieron llegar en los primeros momentos. Algunas de éstas se aventuraron á entrar en el templo por la puerta de la sacris-

tia, y con gran valor pudieron salvar algunos objetos y entre ellos el Copon que estaba en la capilla del comulgatorio, mas no el del altar mayor. Horrible fué el espectáculo que se presentó á sus ojos cuando se atrevieron á penetrar en el templo: el altar mayor ardia de arriba abajo y el barniz de sus pinturas ayudaba poderosamente á la accion destructora del voraz elemento. La colgadura del presbiterio ardia igualmente y aquella gran masa de fuego, en el momento de abrirse una puerta estableciendo una corriente de aire, avanzó como un volcan, envolviendo la nave principal en toda su longitud. La hora no podia ser mas intempestiva: era la del primer sueño y los operarios se fueron reuniendo lentamente. Todavia ni en Salamanca ni en la mayor parte de las capitales de España está organizado el servicio de bomberos. La buena voluntad, la espontaneidad del individuo, suple por la falta de organizacion y por la impresion de la sociedad. ¿Pero suple en todo? ¿pero suple bien? Afortunadamente la noche estaba serena y apacible, ni una ráfaga de viento turbaba su calma, y luego que el techo se desplomó, las llamas y los torbellinos de humo subieron á las nubes formando espirales, sin dirigirse hácia ningun lado.

Vista la imposibilidad de extinguir el fuego, se trató de aislarlo entre las paredes de la iglesia, dando para ello enérgicas y acertadas disposiciones los arquitectos del Ayuntamiento, que trabajaban con la voz y con el ejemplo. La presencia de las autoridades todas, incluso el Venerable Prelado de la Diócesis, contribuia no solamente á dar aliento á los trabajadores, sino tambien

á poner órden y concierto en una operacion de suyo tumultuosa. No solamente los jornaleros y artesanos, sino tambien las personas mejor acomodadas de la vecindad trabajaron con celo, y rivalizaban á porfia, para prestar cuantos auxilios estaban á sus alcances. Las alhajas que se guardaban en la sacristía, el archivo, y aun varios objetos de las naves laterales, fueron puestos á salvo instantáneamente. No citaremos nombres. Los elogios, que en estas ocasiones se suelen prodigar, van acompañados de omisiones, que suelen acarrear disgustos y producir emulaciones de mal género. Básteles á los que en aquella aciaga noche cumplieron con un deber cívico, el testimonio de su conciencia y la gratitud de sus conciudadanos.

El Domingo por la tarde una ceremonia imponente, vino á renovar el dolor y hacer asomar el llanto á los ojos: mas no era ese dolor punzante que lacera el corazon y desgarrá las entrañas, sino ese dolor religioso, que aflige y consuela á la vez, que entenece y dilata el corazon, dolor resignado, modesto, tranquilo, y silencioso, que no exhala quejas, ni arroja imprecaciones por la boca, pero humedeciendo los párpados, dá expansion al ánimo y dilata las fibras tirantes y próximas á romperse. Las campanas anunciaban la salida del Señor en público, para trasladar á la magnífica iglesia de la Clerecia, (en otro tiempo de la Compañía de Jesus) las formas consagradas, salvadas con harto riesgo durante la noche, y depositadas en una casa inmediata donde las habian velado de continuo varias personas piadosas y los alumnos del Seminario. Un inmen-

so gentio con hachas llevadas por cuenta propia, desfilaba por la calle de la Rua, con religiosa compostura; el verdadero dolor siempre es religioso y pocas veces se ha visto tanta veneracion y tan profundo sentimiento al acompañar al Señor. Los balcones y ventanas ostentaban lujosas colgaduras en señal no de alegría, sino de respeto, pero el dolor rebotaba de los corazones. El llanto asomó á los ojos de muchas personas, aun de las que no asistian á la procesion, cuando las campanas de San Martin anunciaron que por allí pasaba la sagrada Eucaristía. Las paredes parecian despedir aquel eco pavoroso, que se oyó en los templos paganos al advenimiento de Cristo. = *Dios se vá de aquí*; y cuando el reloj y las campanas despedian sus sonidos desiguales, ora lentos, ora apresurados, creyérase oír el estertor de la agonía y un mismo doloroso pensamiento cruzó por el ánimo de casi todos los feligreses de la parroquia de San Martin. *¿Las oiremos por última vez?*

Mientras que el operario revuelve los escombros y con lágrimas en los ojos meneá las humeantes cenizas, rebuscando los objetos, que haya perdonado el incendio, echemos una ojeada sobre la historia de ese edificio, que ayer se erguia severo y magestuoso en el centro de Salamanca y parecia desafiar los siglos, y hoy mustio, marchitado, lamido por las llamas, no ya edificio sino esqueleto de piedra, parece recordarnos lo fugáz de nuestras ilusiones, lo efimero de las glorias mundanas, que desaparecen, cuando se creian mas duraderas. Escasas son las noticias que de él nos restan, pero todavia podemos

decir lo que hemos visto, y lo que aun queda. ¿Quién sabe si estos datos insignificantes, incoherentes, escasos, serán buscados un día, cuando ya se haya perdido la memoria de lo que fué? Y en verdad que nunca se pudo creer aquel edificio menos próximo á un desastre. Las miserables casucas, que rodeaban su antiguo y precioso abside, hacia poco tiempo que habian desaparecido y se presentaba esbelto y gracioso, cual fornido atleta, que sacude de sí á un grotesco enano. De estuco debia ser el alma de quien vendió cuatro palmos de terreno para esconder aquel precioso abside, arrancando las estatuas que adornaban sus contrafuertes y cuyas mensulas y doseletes subsisten aun, como igualmente los agimeces de sus rasgadas ventanas. A la simple vista se revela su construccion bizantina, y el color de la piedra indica ser coetáneo del abside de la catedral vieja, si bien la balaustrada que coronaba la obra indicase origen mas moderno. Bizantina es tambien la puerta que mira á la plaza, y muy bien conservada, al paso que su género puro todavia, principia á marcar la transicion al gótico. En el interior, que debió ser tambien bizantino del siglo 12, los *escorializadores* de iglesias habian hecho las diabólicas metamorfosis, que acostumbraban en todos los templos, donde la fábrica era rica, para vestir á la severa arquitectura cristiana con las *abotargadas* formas del paganismo. Al efecto ocultaron la techumbre, con una bóveda de cañón, adornada con algunas pinturas, cuya desaparicion no hay por que llorar. Envolvieron los capiteles bizantinos entre capas de yeso, pero no pudieron encubrir tan por entero

los de algunas pilastras bajas, que no asomaran éstas sus primitivas formas, protestando contra tan grotesca transformacion. No parece sino que la arquitectura bizantina del siglo XII se revelaba contra sus asesinos del siglo XVII. Para mayor deformidad un coro enorme, postizo y casi sin objeto, se alargaba desmedidamente, cortando los arcos, para hacer mas desabrida y ridicula aquella transformacion, dejando mas lóbrega la parte inferior de la iglesia, á la cual los tales coros suelen dar cierto aire de mazmorra. Siquiera los Jesuitas en sus iglesias, aunque de gusto moderno, tenian el buen sentido de suprimir el coro alto, haciendo que el clero ocupase el presbiterio, que es su sitio. De esperar es que si la iglesia de San Martin vuelve á habilitarse para el culto, se hagan desaparecer esas deformidades con que la afearon los *embadurnadores* del siglo XVII.

El altar mayor era de gusto plateresco y de muy buen género: representaba en sus compartimientos y en figuras de alto y medio relieve, varios pasajes alusivos á San Pedro y á los hechos de los apóstoles; pues la antigua parroquia de San Pedro se habia trasladado á esta de San Martin: no todos sus accesorios eran de igual gusto, pues el San Martin á caballo que se ostentaba en el centro del segundo cuerpo del retablo, era de mal género, vestido estrambóticamente y con mil acronismos, si esta palabra es aplicable á el caso. Bien es verdad que éste es el mal de que adolecen casi todas las efigies que se veneran en nuestros altares y lo mismo en la Corte, que en las provincias. A bien que con las estampas de santos *boleros*, que nos traen nuestros veci-

nos de allende el Pirineo, se corregirá este defecto. Un tabernáculo enorme y disparatado, de gusto barroco, ocultaba gran parte del altar. Si fuera posible alegrarse de un mal, y si en medio del dolor general pudiera pasar tal frase sin ofensa, pudiera decirse que las artes no llorarán su pérdida, ni la de algunos otros altares de los que han perecido. Mas el artista debe callar ante el dolor del cristiano, para quien poco importa la efigie en la que no termina su culto.

(Se concluirá).

Á UN AMIGO.

Si acaso existe en el *no ser* historia,
Y conservas del mundo un pensamiento;
Recuerda que hay alzado á tu memoria
Aquí, en mi corazón, un monumento.

TELESFORO GOMEZ RODRIGUEZ.

Marzo 23 de 1854.

HISTORIA RUSA.

El gran príncipe Juan IV, apellidado el Terrible.

(1533 á 1584.)

(Continuacion.)

Murió la czarina Maria en 1569, y Juan finjió creer que su muerte era obra de un partido oculto. De vuelta á Alejandrovski, medita nuevas venganzas; acusa al príncipe Vladimiro,

su primo, de haber intentado envenenarle y le obliga á él, á su mujer y á sus hijos á tomar un veneno; y hace pasar por las armas á las damas de la princesa, despues de haberlas desnudado de sus vestidos, y ahogar á la madre de Vladimiro y á la virtuosa Alejandrina, que era su propia cuñada. Estos asesinatos no eran mas que un débil preludio de las crueldades de este monstruo. Novgorod la grande, antigua capital de Aurik, y cuna del comercio ruso, es acusada por un infame de haber querido entregarse á Sejismundo; acompañado de su hijo y de los Opritchnikes, se encamina Juan á Klin: ciudadanos, mujeres, niños todo es degollado, entrega Tver á todos los horrores de una ciudad tomada por asalto: en fin, la vanguardia del tirano penetra en Novgorod: la ciudad está rodeada de barreras, empieza el pillaje y dura cuatro dias: impone una multa arbitraria á los habitantes, y degüella á los que no pueden pagarla. Los templos y los monasterios fueron desbastados á la par de las casas particulares; conducíanse diariamente al tribunal de Juan y de su hijo de quinientos á mil Novgorodienses, á quienes apaleaban, daban tortura ó quemaban. Precipitábase de lo alto del puente en el Volkhof á familias enteras. Duró esta desolacion seis semanas, en las que Juan acumulara sesenta mil víctimas. Retiróse, y pareció dejar á Pskof solo por cansancio. Pocos meses habian trascurrido, cuando en medio del temor y asombro general se renovaron las proscripciones: no eran ya tan solo

los antiguos boyardos, los ricos particulares ó los que un mero capricho designaba á la muerte; sino sus favoritos íntimos, los compañeros de sus maldades y de sus sangrientas orgías eran los que trataba de castigar. Figuraban en el número de los acusados el príncipe Viazemski, Basmánof y su hijo, á quien obligaron á matar á su padre. Viazemski sucumbió en el tormento, y el hijo de Basmánof vivió hasta la ejecución general, que debía coronar esas fiestas de sangre.

En fin, eleváanse diez y ocho cadalsos en la plaza del mercado, donde trasportaron varios instrumentos de suplicio; huyen los habitantes, el czar se adelanta, seguido de su hijo y acompañado de los boyardos y de los Opritchnikes, cerrando la marcha trescientos espectros: eran los reos. Sin embargo, la plaza estaba desierta, Juan se irrita, manda que se reúna el pueblo, que sale temblando de las bodegas y subterráneos. «Pueblo de Moscou, esclama el tirano, voy á castigar á los traidores; ¿os parece justa mi sentencia? y el pueblo degradado responde con aclamaciones: ¡Viva el czar! ¡perezcan sus enemigos! Viskovati, consejero íntimo del príncipe, fué muerto primero: su amigo Founikof fué regado con agua helada y agua hirviendo. Los otros fueron ahorcados ó cortados en menudos pedazos, y el príncipe hirió con su propia lanza á un anciano. Concluida esta horrible carnicería, los Opritchnikes se pusieron en fila delante del czar arrojando el grito que usan los

Tártaros para animar sus caballos, ¡hoida, hoida! Juan quiso gozarse en el dolor de las desgraciadas esposas de Viskovati y de Founikof, hizo poner al tormento á esta última, pidiéndola sus tesoros; su hija, que solo contaba quince años, arrojaba dolorosos gritos, é iba á mandar que la pusieran en el suplicio; pero por una refinada crueldad, la hizo concubina de su hijo. Fuerza es renunciar á describir todas sus maldades; á un asesinato sucedía otro, y el número de víctimas parecía embotar los remordimientos. A la crueldad, á veces, añadía aquel monstruo el cinismo de sus mofas. Habíase hecho fraile el voievodo Golokhvastof para librarse de la proscricion; Juan le hace sentar encima de un barril de pólvora, y poniéndole fuego dice: *Los cenobitas son ángeles que deben volar al cielo.* Una mujer jóven y hermosa fué violada y ahorcada en presencia de su marido. En medio del estupor general, resonaban en el palacio de Juan los gritos de la embriaguez y de la orgía.....: Soltaban los osos á los ciudadanos por via de diversion. Temblaban tambien los favoritos de Juan: el príncipe roció con sopa hirviendo á uno de sus bufones, que tenia el difícil encargo de hacerle reir, y acabó por matarle de una cuchillada. El voievodo Titof dió, sin inmutarse, las gracias al czar por haberse contentado con cortarle una oreja. Mas de una vez lanzábase á caballo al salir de la mesa para ir á sacrificar á los prisioneros. Su mano imperial mató en un dia á ciento, ¡y con todo, no se encontró un hombre

que amara bastante á su patria para libertarla de aquel tigre! A las saturnales de la tiranía se unieron otras calamidades públicas; y la peste y el hambre parecían conspirar con Juan para despoblar la infeliz Moscovia.

En el entretanto la Turquía tomaba un aspeto imponente; Selim solo consentia en la paz con el czar bajo condicion de que le cedería Astrakhan y Kazan, y que se reconocería tributario de la Puerta. Al propio tiempo el sultan pedia á Sejismundo la ciudad de Kief, anunciando que se preparaba para una invasion, al paso que el khan de Crimea afectaba un lenguaje hostil. Devlet-Ghirei pareció inopinadamente el año siguiente á la cabeza de cien mil jinetes; evitando el encuentro con el ejército ruso, se adelantó hácia Serpukhof donde se hallaba el mismo Juan con su lejon de verdugos; el czar, solo terrible para sus indefensos súbditos, huyó vergonzosamente á vista de los Tártaros, dejando su capital espuesta á los horrores de una invasion. Arrojárónse los voievodos en los arrabales, y el día de la Asuncion (1571), el khan atacó la ciudad y la incendió. Una ráfaga violenta propagó el fuego, y en pocos momentos una nube de humo envolvió á Moscou. De allí á pocas horas Moscou no existia ya.... el kremelin solamente se habia librado del desastre. Ciento veinte mil soldados ó ciudadanos, sin contar mugeres y niños, perecieron en las llamas ó debajo de los escombros. La pérdida total, incluso las poblaciones cercanas que habian ido á guarecerse en la ca-

pital, fué valuada en ochocientas mil almas. No tuvo por conveniente Devlet-Ghirei sitiarse al kremlin, retiróse llevándose á la Táurida mas de cien mil cautivos. Envió poco despues á Juan un embajador, que con palabras altivas le exigió la restitution de Kazan y de Astrakhan; el czar se adhirió á todo, y no se sonrojó de recurrir á las súplicas.

De repente, y en medio del luto del imperio, resolvió casarse por tercera vez. Presentáronle dos mil jóvenes escogidas de todas las provincias y de todas las condiciones, sin atender mas que á su hermosura. Elijió de pronto veinte y cuatro, que hizo visitar por comadronas y médicos, y entre las doce que salieron de este vergonzoso exámen, destinó á su tálamo á Marfa Sabakin, hija de un mercader de Novgorod. Designó al mismo tiempo á Eudojia Saburof por esposa del czarevitch. No obstante, Marfa cayó enferma; quizás fué envenenada; acaso tambien el arriesgado honor de dividir el tálamo de Juan la arredró hasta el punto de hacerla perecer de consuncion. Sea lo que fuere, revivió la ferocidad del czar, hizo empalar á su cuñado Temgrukovitch; condenó al knout á Juan Yakolef y á su hermano Basilio, é hizo degollar al boyardo Juan Soltikof. Un médico extranjero inventó un veneno cuyo efecto podia calcularse de un modo tan cabal, que el reo espiraba en el instante mismo fijado por el tirano. Casóse sin embargo con la enferma, como para oponerse á la voluntad de la naturaleza, y seis dias despues de

su casamiento, se celebró el del czarévitch con Eudojia coronando esta última solemnidad el funeral de la desdichada czarina.

Envió poco despues contra los Suecos á Sakimi Boulat, y él fué en persona á Novgorod; reunióse al ejército en Dorpat y en Orehek para atacar á la vez la Finlandia y la Estonia; pero fuese incuria ó que tantas pérdidas hubiesen agotado sus fuerzas, prolongó la tregua y regresó á Moscou para dar un escándalo de nueva especie; consintió éste en tomar por su cuarta mujer á Ana Koltovskoi, sin pedir la bendicion episcopal; pero mudó de parecer, aunque algo tarde.

Sin embargo, Ghirei estaba preparado para una nueva invasion; el pusilámine Juan dispuso inmediatamente que salieran carros cargados de tesoros con direccion á Nevgorod, y él mismo fué á esta ciudad, dejando al valiente Vorotinski la gloria y el peligro de la lucha. Mengli habia ya pasado el Oka, cuando el voievodo, abandonando sus trincheras, va á sus alcances y entra en accion á las orillas del Lopania y del Rojai. La victoria entregaba Kazan y Astrakhan á los Tártaros; Moscou, salida á penas de sus ruinas; recaia en su poder, y toda la Rusia meridional hubiera sido presa suya. El combate duró mucho y fué sangriento; el valor era igual en una y otra parte; pero en el momento en que los dos ejércitos, exhaustos por el cansancio, parecian desear el fin de la matanza, Vorotinski, por medio de una astuta maniobra, se

precipita á la cabeza de los suyos en una estrecha garganta; asalta al enemigo por la espalda y decide la victoria. El khan, á favor de la noche, se salvó en los desiertos con los restos de su formidable ejército: Juan entró triunfante en Moscou y abolió la Oprichina. Estaba á la sazón con buenas disposiciones, é hizo algunos actos de justicia; pero en ésto no hacia mas que retroceder algunos pasos para lanzarse de nuevo en la carrera del crimen.

Echarónse los Rusos sobre la Estonia, que fué el teatro de sus rapiñas; cincuenta Suecos defendieron con heroismo el fuerte de Viltenstein, y mataron á Maluta Skuratof, que era el mas cruel y el mas querido de los favoritos del tirano, el cual hizo quemar á los prisioneros suecos y alemanes, como si quisiese ofrecer á los manes de Skuratof un holocausto digno de su memoria. Hecho ésto, regresó á Novgorod, dejando que sus voievodos continuaran la guerra; pero habiendo el jeneral Ackepone derrotado á diez y seis mil Rusos con dos mil Suecos, el czar hizo propuesta de paz con espresiones tan sumisas, como arrogantes y groseras eran las de sus anteriores officios, y mandó suspender las hostilidades.

Las nupcias de Magno con la jóven María, hija de Vladimiro, se celebraron en Novgorod; el czar habia prometido darla en dote cinco toneles de oro; pero su jenerosidad se limitó á enviar algunos cofres llenos de ropa y trajes para la princesa. Magno que habia contado con el apoyo del czar,

regresó á Oberpalen, reducido á la mayor estrechez. Mientras que la Suecia empleaba un lenguaje lleno de ardimiento y dignidad que sostenia con sus armas, las negociaciones relativas á Estonia tomaban un jiro algo mas favorable, y los Rusos se desquitaban del descalabro recibido bajo los muros de Pernau, apoderándose de muchos castillos y de Hobsal, plaza fuerte.

(Se concluirá.)

VARIEDADES.

HELÍOMETRO. = Instrumento para medir el curso del sol, inventado por Eudemon y Meton de Atenas por los años 440 antes de la era cristiana. En 1747 inventó Bouguer en París otro *heliómetro* destinado á medir el diámetro aparente de los astros.

ICONOGRAFÍA. = Con este nombre se conoce el método inventado en 1796 por M. Redouté para imprimir de varios colores por medio de una sola plancha, cuyo procedimiento perfeccionaron en 1802 los profesores Audibert y Vieillot.

JABON. = Los antiguos no conocían esta composición, y usaban en su lugar para lavar la ropa de ciertas plantas y de tierras arcillosas. En algunas partes los salvajes se sirven aun para este uso de varias frutas, y las mujeres de Islanda de una legía de ceniza y orines. Se dice que el jabon

fué inventado por los antiguos galos; otros creen que lo fué en *Sabona* en Italia; y algunos que en Francia en 1477.

KALEIDESCOPIO. = Este juguete de óptica, por cuyo medio se representan estrellas y guirnaldas muy graciosas, que pueden variarse hasta lo infinito, fué inventado por el doctor inglés Brewster en 1818.

LACTÓMETRO. = Este instrumento, por cuyo medio se conoce la cantidad de nata que puede producir la leche, fué inventado en Lóndres por sir José Banks en 1847.

MAGESTAD. = Segun se manifiesta en el Diccionario Histórico Enciclopédico, los reyes de Aragon usaron el título de *magestad*, alternando con el de serenidad, alteza y señoría, mucho antes del reinado de Carlos I, (V. de Alemania); y parece que este monarca no hizo mas que perpetuar el uso de dicho título cuando dispuso por los años 1519 que en adelante se diese á los reyes de España el tratamiento de *magestad*. Guthrie dice que el título que se daba al rey de Inglaterra en tiempos pasados era *su gracia* ó *su alteza*, hasta que Enrique VIII tomó el de *magestad* para ponerse á nivel con Carlos V. Los reyes de Francia parece que principiaron á usar este título despues del año 1559, los de Prusia desde 1701, y los de Portugal despues de 1557.

SALAMANCA.—1854.
IMPRENTA DE D. B. MARTIN Y COMPAÑIA.